

VENTANA CULTURAL

Presencia de Josep Maria Subirachs

No son frecuentes las exposiciones de escultura. La pintura absorbe la curiosidad artística y el espacio vital de las salas. Es explicable, por la mayor dificultad que el estatuario encuentra, tanto para reunir obra exhibible como para trasladarla a la galería de arte. De cuando en cuando, dentro de las salas de la Dirección General de Bellas Artes, y con carácter antológico o de homenaje, se nos dio alguna «muestra» escultórica total. Recuerdo, por el impacto que produjeron, las de Alberto y Gargallo. Lo habitual es que las galerías privadas acojan a los estatuarios.

En la exposición de Josep Maria Subirachs, recién inaugurada en la «Sala Biosca», se acentúa la excepcionalidad, por la calidad del escultor asomado a la misma, tanto como por la calidad de este plástico de la forma.

No veía obra suya después de aquella inolvidable exhibición celebrada en «Skira» hace varios años. Allí aparecía pleno, en una colmada victoria sobre la materia, elevado el concepto hasta la sistematización filosófica, el escultor más avanzado y clásico de nuestro tiempo. Parecía haber alcanzado la finitud de todos sus objetivos. ¿Qué otra investigación, búsqueda o camino se hacían posibles después de aquello? La respuesta nos la ofrece en las cincuenta y cinco obras que entre esculturas, dibujos y aguafuertes, reúne en «Biosca». Este catalán, nacido en Barcelona hace cincuenta años, practica un eclecticismo creador que compatibiliza el razonamiento del volumen al modo clásico y la concepción abstracta de la forma. Dentro de su clasicidad existe una innovación revolucionaria, marcada por él, y que personifica gran parte de su creación. Me refiero a la fijación reversible de la forma.

En su exposición actual, Subirachs amplía esta posibilidad a un extremo de fascinante magia al aunar, en una sola pieza escultórica, dos tratamientos: el de la impresión reversible y el de la forma chocando en sus modelados sa-

lientes contra el aire. El efecto, repito, es mágico. Muestra de la sabia combinación plástica es su escultura «Helena», busto femenino patinado con terrosa opacidad a su exterior, pulido en oro al interior, donde la cabeza de mujer emerge su modelado hacia afuera en una mitad del rostro, mientras la otra mitad se imprime hacia dentro, en el «negativo», molde y huella de los rasgos.

Inicia Subirachs asimismo otro camino que podríamos llamar de conjunción de medios y materiales plásticos.

En cuanto a la conjunción de los materiales variados, unificados en la función expresiva, citaré «Polimateria». La pieza escultórica tiene algo de engatillado menhir donde el bronce, la madera, el hierro y el cristal, amalgaman su unidad plástica funcional. En la misma línea ese «Monumento transportable», proyectado en vertical hacia el espacio, dentro del módulo del obelisco, realizado en piedra, madera y bronce. Sorprende, no obstante sus breves dimensiones, la monumentalidad impresa al bronce «Ecuestre», donde las romanas resonancias de la estatua de Marco Aurelio están intencionadas y patentes.

Quizá la esencial novedad en la «muestra» del gran plástico catalán estribe, como he apuntado, en la incorporación, con todas sus resultancias, de la pintura a la escultura. Hay que precisar que ambos procedimientos —el pictórico y el escultórico— vigen en separada consecuencia. No se trata de un revestimiento del color sobre la forma, al modo de la escultura policromada, sino del acompañamiento de la traducción pictórica, aislada y a la vez unida, al tema escultórico brindado. A veces, ésta, que podríamos llamar doble versión, se interrumpe por una zona abstracta realizada en bronce o madera. Para mí, que es en este aspecto donde se instala ahora el gusto experimental de Josep Maria Subirachs, el estatuario catalán cuya presencia en Madrid constituye un excepcional acontecimiento plástico. — Julio TRENAS.